

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

IRÁN ¿Qué revolución?

Sobre la «Revolución islámica» de 1979

Partido comunista internacional

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoralesco, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmadista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

¡LEAN, DIFUNDAN, SOSTENGAN LA PRENSA INTERNACIONAL DEL PARTIDO! ¡SUSCRÍBANSE!

- **«el proletario»** (Órgano del partido comunista internacional) : Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS; América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.
- **«el programa comunista»** (Revista teórica en lengua española) : Precio del ejemplar: 4 € / 8 FS / £ 3 / 20 Krs. / América latina: US \$ 1,5 / USA et Cdn: US \$ 3 - Precio de solidaridad de un ejemplar: 6 €, 16 FS, £ 4 / 40 Krs. / América latina: US \$ 3 / USA et Cdn: US \$ 6
- **«Suplemento a “el programa comunista”»** : Precio del ejemplar: Europa: 1 € / América del Norte: US \$ 1 / América Latina: US \$ 0,5
- **«Il comunista»** (Periódico bimestral) : Precio del ejemplar: 2 €; £ 2; 6 FS; Suscripción: 10 €; £ 10; 30 FS; Suscripción de solidaridad: 20 €; £ 20; 60 FS.
- **Le prolétaire** (Periódico bimestral) : Precio del ejemplar: 1,5 €; £ 1,5; 3 FS; 500 CFA. Suscripción: 7,5 €; £ 7,5; 30FS; 1'500 CFA. Suscripción de solidaridad : 15 €; £ 15; 60FS; 3'000 CFA
- **Programme communiste** (Revista teórica) : Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4 Suscripción: El precio de 4 ejemplares. Suscripción de solidaridad: 40 €; £ 20; 80FS; 16'000 CFA.; América latina: US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40
- **Proletarian** (Suplemento al «le prolétaire») : Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.
- **Comunist Program** (Revista teórica en lengua inglesa) : Precio del ejemplar: 4 € / 8 FS / £ 3 / 1000 CFA / USA + CDNUS \$ 4 / América latina US \$ 2 - Precio de solidaridad de un ejemplar: 8 €, 16 FS, £ 6, 2000 CFA, USA + CDN US \$ 8, América latina US \$ 4

Para pedidos de publicaciones, gastos postales y pagos, contáctenos a nuestra dirección e-mail: »elprogramacomunista@pcint.org«

- Sumario -

- **Introducción** **2**
- **Entre el peso aplastante del pasado y el impacto caótico del presente** **7**
(de *il programa comunista* n^{os} 20 y 21 de 1978)
- **La herencia de Pahlevi: revolución capitalista a la cosaca** **16**
(de *il programa comunista* n^{os} 20 y 21 de 1978)
- **Algunas lecciones sobre Irán** **24**
(de *Il programa comunista* n^o 4 de 1979)
- **Es el maldito árbol del Estado nacional, la economía nacional, el «socialismo nacional», el que debe ser arrancado y destruido por siempre, en Asia como en todas partes** **28**
(de *Il programa comunista* n^o 4 de 1979)

Introducción

En este folleto hemos reunido algunos de los artículos más significativos publicados, entre octubre de 1978 y febrero de 1979, en *Il programma comunista*, el periódico del partido en lengua italiana de la época.

Lo que, en enero de 1979, los periodistas de todo el mundo llamaron «revolución iraní» fue, en esencia, un cambio de guardia en el gobierno de Irán tras una serie de violentas luchas entre las distintas facciones burguesas, monárquicas y clericales que, entre la primera y la segunda guerra imperialista mundial y tras el final de ésta, se disputaron el poder. La rápida y caótica industrialización injertada desde el exterior en el país donde, a principios del siglo XX, se descubrieron importantes yacimientos de petróleo, trastocó inevitablemente la sociedad feudal-asiática tradicional y sus «equilibrios», creando masas de campesinos pobres expulsados de sus parcelas y masas obreras y proletarias que fueron expulsadas a las ciudades y pueblos donde los pozos de petróleo brotaron como setas.

Fueron precisamente estas masas de proletarios desposeídos y explotados las que se rebelaron contra un poder centralizado y vampírico que sólo fue capaz de reprimir, con extrema violencia, las convulsiones sociales provocadas por la crisis económica especialmente grave y sus consecuencias, que afectaron a un país con una economía frágil y en parte todavía atrasada. Los ecos de las lejanas luchas proletarias y campesinas suscitadas durante la primera guerra imperialista mundial por el movimiento revolucionario ruso, que influyeron directamente en las regiones del Cáucaso y Oriente Medio, también contagiaron a Persia, pero, gracias a la labor contrarrevolucionaria del estalinismo, fueron sofocados y olvidados, dejando el campo abierto no sólo a las diversas facciones burguesas y pequeñoburguesas, sino también al clero chií fuertemente interesado en defender sus antiguos privilegios por los que estaban dispuestos a ponerse al servicio de la monarquía o la república, tal vez incluso democrática y capitalista, en función de la relación de fuerzas que se estaba formando en un momento en que las potencias imperialistas aceleraban inevitablemente, aunque en sus contrastes congénitos, los procesos de colonización financiera e industrial para arrancarse mutuamente territorios económicos importantes desde el punto de vista de las materias primas y desde el punto de vista estratégico político-militar.

El descubrimiento, a principios del siglo XX, de importantes yacimientos de petróleo dio a Irán (Persia, hasta 1935) una importancia estratégica aún mayor de la que ya tenía desde el punto de vista geopolítico como país decisivo -en términos de cultura e influencia religiosa milenaria- en las relaciones entre Europa Occidental y Asia Oriental. Persia, apretada entre el Imperio Británico que se expandía hacia el este, hacia la India, y el Imperio Ruso que se expandía hacia Asia Central, se convirtió en una especie de protectorado que los rusos y los británicos, en ese

momento, dividieron en áreas de influencia. Pero con la segunda guerra imperialista mundial, además de Rusia y Gran Bretaña, en el horizonte de Persia -como en el de todo Oriente Medio- apareció la superpotencia estadounidense, hasta el punto de que en pocos años se convirtió en la verdadera potencia imperialista que impuso a enemigos y aliados la ley de sus propios beneficios. Así fue como los intentos, realizados por la facción republicano-democrática burguesa encabezada por Mossadeq, de montar los levantamientos antimonárquicos y seculares, e introducir una serie de reformas económicas y sociales (como la nacionalización de la industria de los hidrocarburos, siendo la compañía petrolera más importante la Anglo-Persian Oil Company) y poner fuera de juego a los mulás y a los bazares y su fuerte control sobre las masas plebeyas, fueron intentos a los que se opusieron no sólo el clero chií y las masas pequeñoburguesas, sino también los imperialistas, interesados en cambio en que la sociedad persa fuera pacificada por un Estado capaz de controlar a las grandes masas, no sólo campesinas, sino sobre todo proletarias. Estados Unidos no sólo ocupó prácticamente el lugar de Gran Bretaña en el control imperialista de Persia, sino que estaba interesado en evitar que la URSS estableciera su influencia allí de alguna manera; por lo tanto, desafiando la autodeterminación de los pueblos y la «voluntad» expresada democráticamente por el pueblo y de acuerdo con Gran Bretaña, acabaron con el gobierno del nacionalista y patriota Mossadeq y restauraron el poder del Shá Reza Pahlevi, que funcionaba como gendarme en nombre del imperialismo occidental, y de EEUU en particular, contra los intereses del imperialismo ruso. En los quince años que van de 1953 a 1978, junto con el frenético desarrollo industrial, sobre todo de la industria pesada y del petróleo, y el fortalecimiento del autoritarismo del gobierno de Teherán, se promulgaron una serie de reformas (alfabetización y escolarización de las masas rurales, el voto también para las mujeres, un sistema nacional de salud y una reforma agraria para sacar el latifundio del abandono) con las que el poder burgués pretendía conseguir un mayor apoyo popular. De este modo, la educación y las propiedades eclesiásticas sujetas a manumisión fueron arrebatadas al clero, lo que generó una oposición muy fuerte por parte de las jerarquías religiosas. Con la llamada «Revolución Blanca», el régimen del Shá había prometido distribuir tierras sin cultivar a los campesinos, pero en realidad lo que estos obtuvieron fue un pedazo de tierra en el que no podían sobrevivir.

La presión social especialmente intensa sobre el proletariado, explotado brutalmente para acelerar la economía industrial, y sobre las masas campesinas, generó huelgas y levantamientos populares a lo largo de 1978. Huelgas y levantamientos a los que el poder se enfrentó con una de las más brutales y sangrientas represiones con las que creyó poder apagar el fuego social que, en cambio, creció tanto que hizo tambalear el trono del Shá de Persia. El imperialismo anglo-estadounidense había puesto sus ojos en Reza Pahlevi, pero su régimen no tuvo la fuerza necesaria para apagar ese fuego social y, en febrero de 1978, el Shá huyó al extranjero, dejando el campo libre no a las llamadas fuerzas democráticas, sino al clero chií que había conseguido mantener una influencia decisiva sobre las grandes masas campesinas y pequeñoburguesas durante todos esos años. Esta influencia podría haber sido contrarrestada por una fuerza social presente y numerosa -el proletariado industrial-, pero a condición de que se hubiera organizado en asociaciones económicas independientes y hubiera recibido la influencia de su partido de clase, comunista y revolucionario. En realidad, nunca existió un verdadero partido comunista, pese a

que un pequeño grupo de militantes había formado en junio de 1920 el «Partido Comunista de Irán» a partir del Partido Edalat («Partido de la Justicia»). En 1920-21, tras la revolución rusa, el Movimiento Constitucionalista de Gilan, nacionalista y antibritánico, apoyó la lucha del Ejército Rojo contra el general blanco Denikin, que se había refugiado en el puerto de Anzali, en el mar Caspio, guarnecido por fuerzas británicas. Este movimiento dio lugar, de mayo de 1920 a septiembre de 1921, a una «República Socialista Soviética de Irán» en la provincia de Gilan (con vistas al mar Caspio), pero cuyo gobierno estuvo sometido a un continuo conflicto entre probolcheviques y antibolcheviques; después de que la URSS firmara el Acuerdo Comercial Anglo-Soviético en marzo de 1921, la URSS retiró sus soldados de la provincia de Gilan, lo que facilitó el fin de la autodenominada «República Socialista Soviética» en septiembre siguiente. Otro partido autodenominado obrero y comunista, el Tudeh (Partido de las Masas de Irán), surgió en 1941, en plena Segunda Guerra imperialista mundial y basado en las tesis estalinistas del «socialismo en un solo país» y las «vías nacionales al socialismo».

El proletariado iraní, por lo tanto, en su turbulenta historia, expresó una gran combatividad, pero en ausencia de una dirección política sólidamente anclada en los principios y el programa revolucionarios del comunismo, no tuvo la oportunidad de transformar esa combatividad y ese coraje en una fuerza de clase, una fuerza revolucionaria, ni en los años 20 ni después.

La tragedia de Irán, escribíamos en noviembre de 1978 *«está en el vacío que se ha cavado -y que no podía dejar de cavarse, al ritmo frenético de su historia muy reciente- entre el desarrollo productivo y la evolución social: para mantener unidos de algún modo los extremos opuestos de este dilema, sólo un poder dictatorial, fuerte en el control de las palancas económicas, de un gigantesco aparato militar y policial, del apoyo político y financiero, además de armado, del imperialismo, podía y puede sostenerlo. Contra este bonapartismo a la enésima potencia (que también podría adoptar formas exteriores diferentes a la actual, es decir, con un barniz democrático) se lanzan las olas de las viejas clases impotentes y de las jóvenes clases inmaduras, pero regularmente se hacen añicos: bajo sus alas, el poder anónimo del capital continúa su marcha inexorable, sobre los cadáveres -como siempre- de los campesinos pobres y de los proletarios explotados»* (1)

Ciertamente, en ausencia de un movimiento revolucionario por parte del proletariado, capaz de atraer al vasto campesinado pobre a su redil, el poder dictatorial necesario para el desarrollo del capitalismo en Irán sólo podía ser un poder burgués. Dada la propia historia del país y la fase imperialista desarrollada en la que el capitalismo atacó a la vieja y atrasada sociedad persa, la «revolución» económica capitalista sólo podía llevarse a cabo desde arriba -a la manera de los «cosacos», como se decía entonces-, es decir, por un poder centralizado y dictatorial que, respaldado por el imperialismo occidental, impusiera a su pueblo, y al proletariado industrial en particular, un régimen de dura explotación. Este poder, establecido en 1953 bajo la autocracia de los Pahlevi, a pesar de la mano de hierro y el apoyo directo de Estados Unidos, si bien facilitó la industrialización del país, no consi-

(1) Cfr. *Esploderà la polveriera iraniana?*, «Il programma comunista» n. 22, 18 novembre 1978.

guió el consenso popular necesario para durar tanto como en Egipto, por ejemplo. Las grandes manifestaciones y la avalancha de huelgas a lo largo de 1978 pusieron en serios aprietos al régimen del Shá que, por otra parte, al tener que golpear los privilegios del clero chií para dar cabida a la nueva clase burguesa, se enemistó inevitablemente con las jerarquías religiosas que, a su vez, aprovecharon las duras condiciones de existencia y trabajo de las masas campesinas y proletarias para reforzar la influencia milenaria del islamismo. Al igual que el vacío no existe en la naturaleza, tampoco existe en la sociedad. El vacío mencionado en el artículo anterior debía ser llenado por el poder dictatorial burgués (incluso en su forma bonapartista) o por el poder dictatorial proletario, como ocurrió en Rusia en 1917. Y como el régimen del Shá, tras facilitar el frenético desarrollo capitalista del país, no pudo conservar durante mucho tiempo el consenso popular que había ganado inicialmente, fue el clero chií, aún firmemente arraigado en la sociedad, el que ocupó su lugar.

El regreso del exilio francés del ayatolá Jomeini, el 1 de febrero de 1979, marcó, según la prensa burguesa, la victoria de la «revolución iraní»; en realidad no fue más que una reforma política que «dejando intactas todas las «conquistas» económicas y sociales de la monarquía y su «revolución capitalista al estilo cosaco», las reforzaría con el indispensable «consenso popular» y con una adecuada participación en el poder de las viejas y nuevas clases dominantes. Para ello, la sangre derramada generosamente por proletarios y campesinos es un instrumento precioso siempre que quienes la derramen no rompan la unidad nacional constituida en torno a los sacerdotes chiíes y laicos: a su solución, más o menos negociada con el imperialismo, más o menos «populista», está ligada (incluso Washington empieza a entenderlo) la supervivencia del Estado, del «palo» que protege la acumulación capitalista y la explotación de la fuerza de trabajo» (2).

El régimen confesional del islamismo chií lleva más de cuarenta años en pie, a pesar de las crisis económicas mundiales y de una represión que, de vez en cuando, ha sido siempre muy dura, especialmente contra las oposiciones que podían ampliar su influencia entre las masas trabajadoras. Los recientes acontecimientos, relacionados con las manifestaciones callejeras del asesinato de mujeres jóvenes que expresan su impaciencia por las condiciones de vida opresivas a las que les obliga el régimen confesional, muestran que este régimen también está mostrando su desgaste. El recurso a la represión violenta con el pretexto de un comportamiento personal que no respeta las normas religiosas en cuanto al velo que las mujeres están obligadas a llevar en la cabeza, revela la acumulación de tensiones sociales generadas por una crisis social mucho más profunda de lo que ha aparecido hasta ahora. Pero, al igual que en 1978-79, si en un futuro próximo el proletariado no toma el camino de su organización de defensa económica independiente para desarrollar, con el tiempo, no sólo una lucha defensiva, sino una lucha de ataque contra el poder burgués dominante, estará de nuevo condenado a derramar sangre para un eventual «cambio de guardia», para otra eventual «reforma política», que no afectará en nada a la estructura social y económica del capitalismo nacional.

No lo hicimos entonces y tampoco lo hacemos ahora: sería demagógico agitar

(2) Cfr. *Dalla Cambogia all'Iran la grande mistificazione*, «il programma comunista», n. 1, 13 gennaio 1979.

como perspectiva inmediata la consigna de la revolución y la dictadura proletaria ejercida por el partido comunista revolucionario en Irán. Las organizaciones de clase del proletariado y el partido de clase y su influencia en el proletariado iraní son totalmente inexistentes. Pero es nuestra tarea advertir al proletariado contra las ilusiones que las diversas oposiciones «democráticas», que no dejan de renacer en situaciones en las que la represión se convierte en la principal arma del poder establecido, propagan como «respuesta» a la autocracia, el autoritarismo, la dictadura militar y el fascismo. La democracia es un arma en manos del poder burgués tanto como el Estado y su fuerza represiva, y tiene una cualidad particular: engaña, desvía, paraliza a la clase obrera con respecto a sus intereses de clase no sólo históricos sino también inmediatos. Intereses de clase que son regularmente sofocados y borrados por esa unidad nacional a la que apela toda burguesía en todos los países, desde los más avanzados e imperialistas hasta los más atrasados.

Los artículos de este folleto contribuyen a una mejor comprensión de la realidad iraní, no sólo de ayer sino también de hoy.

Septiembre de 2022

Entre el peso aplastante del pasado y el impacto caótico del presente

(de *il programa comunista* n^{os} 20 y 21 de 1978)

Leemos que, en el año 873, el duodécimo Imam desapareció «en la humanidad», interrumpiendo la sucesión de los descendientes legítimos de la familia del Profeta. «El Imam Oculto no murió y no morirá hasta que llene la Tierra de justicia de la misma manera que ahora está llena de injusticia». La secta chiíta de los Doce Imanes constituye la religión del Estado persa desde 1502; durante la espera del regreso a la escena de la historia del Iman Oculto, que será el Mahdí, «el que es guiado», el mundo ha sido testigo de grandiosas convulsiones, la intolerancia chiíta ha crecido hasta abarcar los restos del zoroastrismo y, en el último e históricamente brevísimo periodo de tiempo, el modo de producción capitalista se ha abalanzado desde el exterior para perturbar la sociedad iraní.

En 1951, hablando de Irán, y viendo algunos de los efectos secundarios de la civilización del petróleo que ya se estaba produciendo en la vecina Arabia Saudí, nos preguntamos «qué reacciones se interponen entre estas modernísimas orgías de negocios y placer y la estricta tradición del Profeta» (1).

Cerrada, deshabitada, improductiva, Arabia Saudí ha absorbido las reacciones que Irán, tan abierto como siempre entre Oriente y Occidente, con zonas densamente pobladas y un tardío y violento despegue de las producciones capitalistas, ha manifestado de la manera más incandescente. Pero la oposición religiosa a quitar el chador a las mujeres, a consumir los productos «impuros» de los infieles y a la difusión de la «inmoralidad» capitalista no es más que la superficie de tensiones aún más graves.

Ciertamente, los periodistas burgueses no nos ponen al día sobre la lucha de clases, por lo que no hemos encontrado ni una sola mención al comportamiento del proletariado en los últimos acontecimientos. Sabemos que algunos «sindicatos de trabajadores» han pedido al gobierno una «lucha sin cuartel contra los subversivos» (2); pero esto tiene poca importancia. Todo parece indicar que los trabajadores están ausentes como clase en el escenario de los actuales enfrentamientos, cuando sabemos que, antes de las recientes manifestaciones, habían hecho gala de una magnífica combatividad, dejando numerosos muertos en el suelo.

Las comparaciones con las revueltas de Túnez y Egipto, que fueron reprimidas con sangre de forma despiadada, son naturales; pero la analogía se detiene en el hecho superficial de las manifestaciones callejeras y la intervención armada del Estado. Las raíces del capitalismo tunecino y egipcio son más profundas y se remontan más atrás en el tiempo; la rebelión de las masas pobres allí fue dirigida por un sólido núcleo proletario que caracterizó el comportamiento de cada componente de clase. Especialmente en Egipto, las grandes manifestaciones de enero de 1977 habían partido de las acerías de Helwan, de las fábricas del cinturón, de los latifundios del Delta; los obreros y los asalariados agrícolas habían arrastrado poco a poco a la revuelta a las masas pobres de las ciudades, a los trabajado-

res de los bazares y a los artesanos, hasta la gran masa de los fellah del campo a lo largo del Nilo.

En Egipto, la influencia islámica suní, aunque fuerte, ya se ha erosionado desde el desembarco de Napoleón, y el modo de producción capitalista bien establecido ha hecho el resto. El «clero» suní no puede dejar de recibir beneficios del gobierno, y de apoyarlo en su función internacional, aunque los vínculos con el latifundio no sean en absoluto secundarios, mientras que los clérigos que están en contacto con la población en la mezquita o con los alumnos de la madrasa, la escuela coránica, y en la universidad, son proclives a adoptar posiciones radicalizadoras.

LAS RAÍCES DE LA INFLUENCIA DE LOS AYATOLÁS

En Irán, las reformas monárquicas a partir de 1906 sólo afectaron superficialmente al poder de la iglesia y la nobleza feudal. Al igual que en Egipto y en situaciones similares, el capitalismo precedió a las reformas, que luego vinieron a solucionar los hechos. Ahora se trata precisamente de limpiar el terreno de los residuos feudales que se oponen al desarrollo capitalista, pero ¿cómo no sufrir la contradicción de una burguesía que ha crecido bajo la bandera del compromiso con las clases feudales? La burguesía generalmente no logra llevar su revolución hasta el final si no fuera por la presencia del proletariado, que, al intentar cumplir esta tarea para superarla inmediatamente después, es inmediatamente identificado como un enemigo a utilizar, sí, pero a combatir en cuanto sobrepasa ciertos límites. Las burguesías, vinculadas a los intereses del imperialismo y que llegan al poder de forma híbrida utilizando dinastías feudales y apoyándose en intereses que deberían haber sido borrados de la historia, no pueden resolver el dilema del desarrollo cuando el problema ha alcanzado ya una gravedad aguda.

Tras la convulsión histórica provocada por la presencia de Napoleón, Egipto encontró el camino de vuelta al desarrollo bajo el férreo gobierno de Mehemet Alí, que masacró a los beys mamelucos que habían escapado al arrasamiento bonapartista y se dirigió inmediatamente a Europa para introducir técnicas modernas. Aunque seguía siendo un déspota oriental, no podía dejar de combatir y destruir la estricta secta musulmana de los wahabitas, que predicaba la resurrección de un pasado ya remoto; reducida a vegetar en oscuras luchas dinásticas, la secta casi desapareció, relegada a las zonas interiores de Arabia, y sólo renació a finales de siglo con Saud, cuando ya había perdido gran parte de su extremismo fanático. Las mismas fuerzas impulsaron a Alí contra el Imperio Otomano, en cuyo nombre había realizado hasta entonces campañas victoriosas. Hoy en día, el wahabismo está presente en Arabia precisamente porque es un país atrasado, por lo que nos hace sonreír quien afirma que el atraso de Arabia se debe a que la monarquía es wahabita.

Así, también, Irán está hoy asfixiado por el «clero» chiíta precisamente porque no puede desarrollarse, mientras que la tesis contraria, sostenida por el Shá para justificar el fracaso de los planes de desarrollo, es falsa. Si la «iglesia» chiíta tiene la fuerza de ponerse a la cabeza de un gigantesco levantamiento como el actual, que exige un enorme (y, desde el punto de vista de sus verdaderos intereses, ¡inútil!) tributo de sangre de las masas populares, es porque la burguesía iraní, desde finales del siglo pasado, en la época de la primera monarquía constitucional, no ha podido ni ha sabido enfrentarse a la vieja sociedad al menos a la manera de

Mehemet Alí. Y ni siquiera hoy, con los medios potenciales de que dispone, es capaz de liberarse de su compromiso: masacra a las multitudes, pero no se atreve a tocar a los sacerdotes, o, si lo hace, es porque se le va de las manos: el asesinato del imán «visible» el Talkani y la desaparición del imán Moussa Sadr son incidentes aislados; los soldados que persiguieron a dos sacerdotes chiíes hasta la casa de Sháriat Madari, derribándolos y provocando un infarto al prestigioso ayatolá («signo de dios»), se guiaron por la mano invisible del capital y no por las órdenes precisas del gobierno. En un solo día, el 5 de junio de 1963, los obuses y las ametralladoras acribillaron a 4.000 manifestantes, pero el ayatolá Jomeini se limitó a exiliarse a Turquía y luego a Irak, desde donde siguió incitando a la multitud. Según las organizaciones persas en el extranjero, ha habido 15.000 muertos y 100.000 prisioneros en los últimos meses, pero Reza Pahlevi sabe bien que no puede arremeter contra los ayatolás, porque son los únicos que pueden declarar la guerra santa, como exigen muchos.

Ridícula es la posición de aquellos (incluidos los autodenominados marxistas) que intentan salvar algún aspecto «progresista» de la «iglesia» chiíta. Los sacerdotes de la mezquita, los mulás, suelen estar a la cabeza de los manifestantes, pero más para controlar su movimiento que para dar rienda suelta a su ímpetu revolucionario. El predicador Rohani puede llamar «perro» al Shá, convencido de su propia seguridad; pero el emperador tiene buen juego al recordarle que los sacerdotes están enfadados porque les ha quitado sus tierras y privilegios (para concedérselos a la burguesía «agraria», claro) (3).

LA MISERIA DE LAS REFORMAS AGRARIAS DESDE ARRIBA

Tras el golpe de Estado (1921) del nacionalista Reza Khan, padre del actual Shá, la burguesía intentó en vano instaurar la república, pero el entrelazamiento de intereses con la nobleza feudal terrateniente desvió las ambiciones reformistas hacia el establecimiento de una nueva dinastía. Reza Khan fue aclamado Shá en 1926 por la alianza feudal-burguesa y, al tiempo que llamaba a técnicos, expertos y capitales estadounidenses a Irán, puso en marcha una reforma agraria «de arriba abajo» cuyo efecto fue reforzar a los terratenientes y empobrecer aún más a los campesinos.

La burguesía iraní, como «aliada no natural» de las clases feudales, se ve obligada a una tensión continua entre el impulso capitalista y el freno que representa su origen rural. Como casi todos los modelos de reforma agraria de arriba abajo, la reforma moderna de Reza Pahlavi se basa en una expropiación limitada a cambio de una indemnización de las peores tierras, con la creación de un banco cuya función es, por lo general, descontar la reclamación del propietario expropiado y distribuir la tierra a los campesinos. Antes del lanzamiento oficial de la reforma, el Shá anunció la venta del capital social de algunas fábricas estatales para financiar la reforma. Los propietarios fueron expropiados, pero con la posibilidad de recibir dinero por adelantado del banco de la reforma con el que comprar acciones de las empresas industriales. Así, la identidad de intereses entre la burguesía y el feudalismo se convirtió en una identidad física, y la contradicción adoptó formas macroscópicas.

Entre 1926 y 1932, bajo el mandato de Reza Khan, se promulgaron leyes para el registro de las relaciones de propiedad, y en un gran número de casos los

campesinos analfabetos, que basaban su uso privado de la tierra más en la tradición que en el registro de la propiedad, se vieron privados de sus tierras, que fueron acaparadas por propietarios que contaban con todo tipo de apoyo entre los funcionarios del gobierno. El propio Reza Khan tenía asignadas 2.176 fincas, muchas de las cuales comprendían pueblos enteros, con 49.117 familias compuestas por 300.000 campesinos. Como prueba del mecanismo constante de tales operaciones, cuando Mossadeq indujo al actual Shá a devolver la herencia de tal extensión de tierra al Estado, la medida fue inmediatamente revocada en cuanto, con la ayuda del ejército y los estadounidenses, la situación se «normalizó». Se fundó un banco con el propósito expreso de vender los terrenos y desembolsar inmediatamente el importe para desviar el capital hacia una especulación más lucrativa, especialmente en el boom de la construcción.

Tras la reforma, la gran propiedad pasó del 65 al 56% del total de las tierras, la del Waqf (institutos religiosos) se mantuvo en el 15%, la del Estado pasó del 5 al 4%, y la pequeña propiedad del 15 al 25%. Pero la condición del campesino sin tierra no mejoró en absoluto; al contrario, empeoró como consecuencia de la concentración de capital en manos de los terratenientes, que se quedaron con las mejores tierras y, por tanto, pudieron producir cosechas competitivas en comparación con los pequeños campesinos, sumiéndolos en el habitual ciclo de deuda-hipoteca-abandono de tierras.

El artículo 2 de la reforma agraria dice: «En todo el país, la propiedad de la tierra de una persona se limitará a una aldea. Los propietarios de varias aldeas pueden elegir una: el resto se repartirá según las disposiciones de esta ley. Quedan excluidas de esta ley todas las plantaciones de frutas y té y, además, todas las parcelas que se trabajan mecánicamente» (4).

Tal imprecisión en la descripción de las condiciones de expropiación sólo puede conducir a la enajenación por parte del latifundista de la única tierra de la que realmente quiere disponer. Además, el pequeño agricultor, ya endeudado por la compra de la tierra, depende del latifundista para la compra de semillas, el uso de máquinas, ganado y herramientas, pero sobre todo para el uso del agua. Durante milenios, el riego en Irán se ha llevado a cabo con qanats, sistemas de canales subterráneos que, marcados por largas hileras de pozos de mantenimiento, conectan las capas freáticas subterráneas de las alturas con las tierras fértiles. Con una red de hasta 300.000 km para los 22.000 qanats, Irán cubre así el 75% de sus necesidades de agua. «La división de los grandes latifundios en pequeñas fincas con la nueva política de distribución de la tierra, así como el uso de maquinaria agrícola moderna, han dificultado que los propietarios individuales puedan afrontar el gasto de nuevos qanats o el mantenimiento de los existentes» (5). De ello se desprende que los que tienen capital mantienen el sistema en funcionamiento cobrando al superintendente del agua la tasa de servicio; o, si el negocio es improductivo hablando en términos capitalistas, el poseedor del capital abre una serie de pozos para sí mismo bombeando mecánicamente el agua sobre sus propios cultivos, destruyendo a menudo el equilibrio de la capa freática y dejando a los demás secos» (6).

Hasta 1964, la creación de sociedades cooperativas destinadas a capitalizar la asignación estatal a la agricultura no dio resultados positivos. La gran dispersión de las unidades de producción llevó a distribuir a cada agricultor 2.500 riales, unas 20.000 liras, que no se «invertieron» sino que se utilizaron para comprar productos de uso personal más urgente. El capital, para ser valorizado, debe poder

actuar de forma concentrada en grandes unidades de producción y bajo ciertas condiciones, pero ni siquiera la creación de las «Sociedades Anónimas Agrícolas», agrupaciones de nuevos propietarios para una gestión centralizada de la producción, la compra y la venta bajo la dirección de funcionarios del Estado, condujo a ningún resultado general, aparte de enriquecer a los más ricos.

Este es un tema tan antiguo como el marxismo. La ley de creación de las SAA exige que «las participaciones de cada accionista no sean inferiores al equivalente de 20 hectáreas de tierra de regadío o 40 hectáreas de tierra de secano». Dado que la media de las nuevas explotaciones es inferior a 2 hectáreas, es evidente que, con el paso del tiempo, en el seno de los SAA, los grandes accionistas, antiguos propietarios que han ampliado mediante la compra de tierras expropiadas, se convertirán en grandes propietarios al hacerse con las acciones de los pequeños propietarios, a los que se incita necesariamente a abandonar las tierras. El resultado de la ley de 1975 sobre los polos de desarrollo agrícola sigue siendo coherente con la forma en que se utiliza el capital: para evitar la dispersión de las inversiones y la facilitación estatal de la agricultura, la ley prevé la facilitación de 20 zonas de desarrollo con una extensión potencial de 180.000 hectáreas, con el fin de provocar un «desaliento positivo fuera de los límites de los polos» y una migración de la población semibárbara que vive en el borde de las zonas fértiles. Pero la ubicación de los asentamientos humanos y la migración de los nómadas no siguen el capricho de los hombres: tienen determinaciones históricas, geográficas y climáticas precisas, fijadas durante milenios. Aproximadamente el 80% del territorio persa es inhabitable y gran parte de él proporciona forraje para el paso de los rebaños, un forraje escaso pero espontáneo, equivalente en unidades forrajeras a toda la producción de cereales de Irán. Los productos de la ganadería en estas tierras equivalen a una cuarta parte del valor añadido total del sector agrícola.

La dispersión natural de la población por el territorio es un efecto típicamente capitalista; pero el impacto en una sociedad milenaria desbordada por un desarrollo vertiginoso no puede dejar de ser catastrófico, mucho más que con hechos similares en el pasado. Reivindicamos el efecto revolucionario de este impacto, pero apoyamos el programa de una sociedad que sea capaz de romper el poder maligno de la acumulación capitalista con su centralización y despilfarro de recursos, para plantear la alternativa de una distribución sobre la tierra en función de las necesidades humanas, a costa -inconcebible para el capital- del aumento de la productividad empresarial y a favor de la «productividad» social.

LA VÍA CIEGA DEL CAPITAL

Además del abandono de asentamientos, manantiales, pequeñas obras de regadío y la consiguiente degradación del medio ambiente, el modo de actuación ciego del capital tiene repercusiones negativas incluso a corto plazo. Ciertamente, no abogamos por la supervivencia del nomadismo, que todavía era la condición de un tercio de la población en Irán a mediados del siglo XIX; pero la incapacidad orgánica del capital para renunciar al beneficio (cuando no al exceso de beneficio) impide el asentamiento natural de estas poblaciones y hace recaer la carga sobre el conjunto de la sociedad. Así, la mayor parte de las rentas astronómicas del petróleo han sido devoradas por proyectos faraónicos que sólo han tenido el efecto de agravar la situación inicial. En este caso concreto, la importación de grano, soja y

forraje que ahora es gratuita, por un lado ha llevado a la ruina a los productores locales que no pueden competir con, por ejemplo, Estados Unidos y Canadá, y por otro lado ha contribuido y sigue contribuyendo a una dependencia cada vez más pronunciada del imperialismo.

Prueba de ello es el ejemplo del pequeño Asuán persa: la presa de Dez, en la provincia de Khuzistan. Terminado en el 62, debía mejorar 95.000 hectáreas de tierra con riego. En 1974 había 20.000 hectáreas de regadío, después de que 38.000 familias campesinas fueran expulsadas de 57.000 hectáreas y las tierras fueran entregadas a cuatro gigantescas empresas de tipo agroindustrial. Lo mismo ocurrió con Aras y Sháh-Abbas, que terminaron en 1968 y 1970 respectivamente. Mientras tanto, las importaciones de alimentos crecen un 14% al año en un país tradicionalmente exportador de productos agrícolas. El capitalismo internacional no sueña con otra cosa, como bien señala un informe de 1974 del Banco de Desarrollo Agrícola de Irán: «Irán puede seguir importando muchos productos agrícolas más baratos que si los produjera localmente. Por tanto, las importaciones pueden servir para reducir los precios al consumo» (7).

Perfecto. Mientras tanto, unos cuantos millones más de campesinos engrosarán los miserables suburbios de Teherán, Isfahan, Mashhad, Tabriz, Abadán, nombres de ciudades que todos tenemos grabados en la memoria leyendo las noticias diarias de enfrentamientos y masacres de obreros y campesinos en los periódicos.

En cuanto vislumbró un buen negocio, el capital internacional se abalanzó con una avidez sin precedentes sobre los petrodólares persas y, para tranquilidad de los teóricos de los males del imperialismo que arrollan la cultura nacional, creó, de forma bastante espontánea, islas de «desarrollo» perfectamente funcionales a sus necesidades, devorando plantas, máquinas y miles de millones, útiles sólo para desahogar su frenesí de expansión. Mossadeq, apoyándose en la pequeña burguesía fanática de los bazares gradualmente arruinada por el comercio con Occidente, quiso nacionalizar el petróleo, pensando así en apropiarse de la riqueza. La tierra y el subsuelo pertenecieron a los reyes en la antigüedad y hoy a los pueblos, pero no es su posesión lo que da riqueza, sino su uso. «No es entregando los pozos para que un régimen impotente los tape, o entregándolos a otros adefesios, como se mejorarán las condiciones de las pobres masas persas», decíamos entonces» (8).

En 1954, Irán confió la explotación del petróleo a un consorcio internacional formado por un 40% de intereses británicos, un 40% de intereses estadounidenses y un 20% de intereses franco-alemanes, conservando el 50% de los derechos de producción. Hoy (la cifra es de 1976) tiene un 90% y la cuestión del uso de la renta no ha cambiado. Incluso si se estableciera que la propiedad de los pozos es 100% estatal, y la disponibilidad del petróleo es total, sólo añadiría un punto a la «trama común del monopolio que la burguesía empresarial mundial ejerce sobre los medios de producción y los productos del trabajo social en todo el mundo [...] La burguesía moderna une la tierra con el capital, hace de la tierra un artículo de comercio y separa la propiedad de la soberanía» (9).

Es Occidente quien consume el petróleo, lo paga, produce lo que Irán necesita, lo suministra y se lleva los dólares. Irán, como otros países, se convierte en un coto de caza privilegiado para las inversiones occidentales, y aquí el «bienestar del pueblo» pasa necesariamente a un segundo plano.

De 1974 a 1977, Irán recaudó 80.000 millones de dólares en ingresos del

petróleo y lo gastó todo: en presas, fábricas, centrales térmicas y nucleares, y armas. Pero en 1977 se racionó la energía y se paralizaron las fábricas, cuando se calcula que el 50% del gas natural que sale de los pozos (normalmente quemado en el aire) bastaría para suministrar toda la energía necesaria para la industria petroquímica. Las mercancías llegan de todo el mundo, pero en 1977 Irán pagó dos mil millones de dólares en compensación por los retrasos en la descarga en puertos insuficientes, el triple de la cantidad de todas las exportaciones no petroleras. En 1978, las exportaciones de petróleo serán de 22.000 millones de dólares, mientras que las no petroleras rondarán los 700 millones y no cubrirán ni el 5% de las importaciones. El Producto Nacional Bruto creció un 11,8% anual en términos reales en los cinco años anteriores a 1973, un 34% en el 74, un 42% en el 75, pero, excluyendo el petróleo, tenemos tasas del 7 al 9%, con un 17% de producción industrial y un 5% de producción agrícola; señal de que los productos artesanales (alfombras, pieles) siguen absorbiendo una gran parte de la producción global. La industria aporta cerca del 30% del PNB no petrolero y emplea a dos millones de personas, pero las empresas industriales reales no absorben más de 450.000 y el 60% de la actividad industrial se concentra en el sector de bienes no duraderos. Los programas que se ponen en marcha parecen faraónicos, pero si miramos la cifra de personal que se dice que se necesitará en los próximos cinco años, encontramos: 1.300 titulados universitarios, 6.200 técnicos, 4.500 trabajadores cualificados, la producción anual de una ciudad occidental media.

El régimen iraní presume de un poder militar considerable, y de hecho las tres armas poseen 2.000 tanques, 60 barcos, 500 aviones ultramodernos; pero ni una sola pieza se fabrica localmente, ni el entrenamiento y el mantenimiento son autónomos; hay 35.000 «asesores» que vienen sólo de Estados Unidos, como si se dijera que las fuerzas armadas no pertenecen a Irán, siendo incapaces de moverse si no están en sintonía con los «proveedores».

EL POTENCIAL DE CLASE DEL JOVEN PROLETARIADO IRANÍ

La realidad de Irán es la de un desarrollo capitalista grosero debido a las necesidades de expansión de Occidente, sin un mínimo de estructuras capitalistas tradicionalmente arraigadas en el país. Todo se importa allí y se amontona a granel, sin una red orgánica, no digamos de infraestructuras, pero ni siquiera de conexiones entre las inversiones individuales. El desempleo es alto, pero el espejismo de un salario ya ha traído a 200.000 personas de Afganistán, Pakistán, India (10).

En esta situación, el campesino expulsado de la tierra, el artesano, el tendero y el comerciante del bazar arruinado por la competencia de los productos occidentales se apiñan en torno a la mezquita, lugar tradicional de reunión y discusión, así como de meditación y oración. El sacerdote chiíta, administrador espiritual y económico de una población creyente y ultraconservadora, está por necesidad a la cabeza de la multitud. Además de todo esto, el mulá es también el recaudador de los impuestos religiosos para la mezquita: el Khoms, aplicado a los comerciantes y equivalente a una quinta parte de los ingresos, a menudo complementado por el rademazalem, un regalo purificador para limpiar la actividad mercantil, considerada impura por el Corán; el zahat aplicado a los agricultores y ganaderos. Una vez arruinado el campesino, con el agricultor, el comerciante y el artesano, en manos del jefe del gremio del bazar, apoderado del mulá, muy poco quedaría para la mez-

quita. En un sistema en el que el bazar financia directamente la organización religiosa, sus escuelas, sus edificios públicos, su red asistencial, famosa y sagrada para los chiees desde la antigüedad, la unión entre la multitud y sus predicadores se convierte en un hecho de potencial explosivo.

En este escenario y en esta coyuntura, el proletariado participa en las luchas en una posición de liderazgo frente a las clases arruinadas, pero permanece ausente como clase por derecho propio, al no haber desarrollado una organización política. De los dos millones de proletarios, hasta 1.550.000 trabajan en la construcción y en talleres con menos de 10 empleados. Ciertamente, el proletariado estuvo a la cabeza de las grandes manifestaciones de los últimos meses, pero la exigüidad y la dispersión de sus fuerzas no le permiten aportar su contribución política a esta lucha, que debe aclararse en sus componentes: la burguesía contra los aspectos feudales de la sociedad; las clases atrasadas como los campesinos y los gremios de los bazares con el clero chiíta defendiendo sus intereses antihistóricos; los campesinos pobres y los asalariados agrícolas, los obreros y los explotados de los talleres contra las condiciones bestiales de explotación debidas al ritmo de desarrollo del país.

Aunque numéricamente son una minoría, los obreros de las fábricas y los talleres representan el embrión de un verdadero proletariado. Tienen enormes posibilidades de desarrollo y su peso va mucho más allá de su representación porcentual en la población. Cada vez son más los campesinos pobres que siguen al capital que, con las reformas agrarias, se ha trasladado del campo a la ciudad; una vez pasado el carro de las inversiones libres, las fábricas pronto empezarán a representar una realidad productiva importante, lo que se volverá en contra de Occidente, como ha ocurrido en otras zonas. Aunque la corrupta y flácida burguesía persa está inextricablemente unida a la ridícula monarquía, la enorme cascada de dólares del petróleo no dejará de provocar una selección entre los parásitos que no pueden desprenderse de la vieja sociedad y una verdadera clase empresarial. En países como Irán, estos últimos no pueden evitar verse abocados al alquiler, a la especulación inmobiliaria, a la explotación personal de las condiciones que exigen los servicios multiplicados por la irracionalidad y la anarquía reinante; pero la clase burguesa en general no tardará en descubrir el anacronismo del trono, la rémora de la duplicidad que representa ser a la vez empresario y cortesano, entregado a los pecados de Occidente y fanático.

El propio Shá, verdadero sátrapa, émulo de sus antepasados en el ejercicio del poder, no puede dejar de ser portavoz de las condiciones materiales en ebullición que empujan contra la vieja sociedad de la que es hijo. Al contrastar su «nacionalismo positivo» con el «nacionalismo negativo» de Mossadeq, ha asumido la batalla a su manera. Se asemeja a Ciro el Grande, pero glosa la sabiduría y la magnanimidad del monarca idealizado por Jenofonte: cuando se trata del precio del petróleo, en 1973 en Teherán, es el primero en querer aprovechar al máximo las subidas, al igual que es el primero en dedicarse a la especulación industrial con el colosal negocio de comprar el 25% de Krupp y abrir los astilleros además de los pozos de petróleo. Precisamente la apertura de los astilleros ha hecho que Occidente se alegre más de lo que ha llorado por la amenaza de cerrar los grifos de Abadán y Bandar Mashur, y ya están surgiendo disputas por la subida de los precios de los productos industriales, mientras el precio del petróleo se mantiene estable. A medida que aumente la producción nacional de bienes manufacturados, surgirán inevi-

tablemente formas puras de competencia.

El imperialismo occidental no puede permitirse el lujo de abandonar Irán, su petróleo, su capacidad de absorber las exportaciones de plantas, su posición estratégica entre Oriente y Occidente en la ruta del petróleo hacia Japón y Europa (11).

Pero su permanencia en el país que lo vio nacer no hará más que aumentar la probabilidad de que el proletariado se dé cuenta de la formidable arma que tiene a su alcance. Ay si viniera -pero viene- a golpear, en vez de en los bazares, en las ramas de las rutas que llevan el oro negro a los barcos que esperan. Ay del imperialismo si el proletariado de las metrópolis, que ha entrado en acción bajo la dirección del partido revolucionario marxista, multiplicara por millones las escasas fuerzas de sus hermanos de clase en los países llamados a saciar la horrible hambre del capital.

El duodécimo Imam, que ha desaparecido en la humanidad, no volverá, y no le será dado a Irán ver al Mahdi vagando desconcertado entre las refinerías. El «reino de la paz y la belleza» se alcanzará de una manera diferente.

(1) ¿Patria económica? En 'Battaglia Comunista' n° 12, 1951: ahora en *I fattori di razza e nazione nella teoria marxista*, ed. QuaderniInternazionalisti pp. 149-160.

(2) Corriere della Sera, 17-8-1978.

(3) Bajo la antigua constitución, el clero chiíta tenía el poder de aprobar leyes y había cinco ulemas en el ejecutivo.

(4) Bahaman Nirumand: *La Persia, modello di un paese in via di sviluppo*, ed. Feltrinelli, Milán, p. 149.

(5) Scienzia n° 4, diciembre de 1968.

(6) Le Monde Diplomatique, julio de 1978.

(7) Le Monde Diplomatique, julio de 1978.

(8) ¿Patria económica?, cit.

(9) ¿Patria económica?, cit.

(10) En 1930, las refinerías de Abadán tenían una capacidad de 5 millones de toneladas de crudo al año y empleaban a 20.000 personas, en su mayoría no persas. Sólo en Abadán, la Anglo-PersianOil Company (iraní desde 1935) empleó a 4.000 trabajadores indios en 1930. Para su desarrollo, la empresa preveía un consumo anual de 70.000 toneladas de cemento, todo ello importado, junto con la grava, la arena y la ropa, las frutas y las verduras que necesitaban los empleados.

(11) Por el estrecho de Ormuz pasa el 85% de las importaciones de petróleo de Japón, el 70% de las de Europa y el 30% de las de Estados Unidos.

La herencia de Pahlevi: revolución capitalista a la cosaca

(de *il programa comunista* nºs 20 y 21 de 1978)

El marxismo esperaba del «despertar del Asia» la puesta en movimiento de las colonias - India, Indonesia e Indochina-, pero igualmente de las semicolonias: China, Turquía y Persia. El destino de este último país, situado sobre las fronteras asiáticas de Rusia, está ligado, más que el de cualquier otro país, al de Rusia, tanto por razones sociales como estratégicas. Así, la revolución rusa de 1905 resonó en Irán con la promulgación de una «constitución liberal» que trataba de limitar las pretensiones del imperialismo y del poder monárquico, y que daba, de esta forma, una cierta libertad de movimiento a las clases urbanas, pero dejando intactos los privilegios de la aristocracia terrateniente.

El terremoto social del Octubre rojo tuvo igualmente sus repercusiones en amplios movimientos campesinos, pero el atraso social de Irán no había permitido aún el nacimiento de clases urbanas capaces de hacer de esos movimientos una palanca revolucionaria. La alternativa fue entonces la siguiente: o bien la revolución rusa y el proletariado internacional se ponían a la cabeza de este movimiento social naciente, y permitían a Irán, al romper el viejo despotismo y la opresión multiseccular de los propietarios terratenientes, quemar las etapas políticas del desarrollo histórico; o bien el imperialismo conseguía, apoyándose sobre la vieja política de contención del expansionismo asiático de Rusia, hacer de Irán un puesto avanzado de su cordón sanitario contrarrevolucionario. Por otra parte, la introducción de un ejército moderno en este país debía traer aparejado su transformación capitalista bajo la égida del imperialismo.

El aislamiento de la revolución de Octubre, y más tarde su liquidación en manos del stalinismo, dejó a Irán librado ineluctablemente a la revolución capitalista por arriba. Y esta última tuvo otro impulso histórico suplementario cuando encontró en la extracción de petróleo un aguijón económico, una nueva razón estratégica de reforzar el militarismo de este Estado avasallado y su peso sobre un país transformado en semicolonias económica, e incluso la cinica esperanza de comprar a las viejas clases, en lugar de tener que combatir las, y de comprar igualmente los derechos históricos de las clases explotadas a hacer la revolución.

El campeón de esta vía histórica fue Reza Khan. Fortalecido con el apoyo inglés, lanzó sus cosacos a la conquista de Teherán. A la vez que salvaba a «feudales» y curas de la revuelta social, no se contentó con obligarlos a abandonar sus títulos de nobleza y sus prerrogativas en el poder central para mantener sus privilegios sociales; les confiscó más de medio millón de hectáreas, o sea, 5% de las tierras arables, que cayeron así en el dominio personal del Shá como precio por los servicios prestados a la sociedad. Dando a la burguesía naciente el embrión de una legislación moderna, de una red de comunicaciones, muy cerca de instaurar la república siguiendo el modelo de Mustafá Kemal Pachá, Reza Khan destruyó la constitución de 1906 y reforzó aún el autoritarismo del poder central.

Así, sobre el viejo tronco del despotismo burocrático, que había nacido a favor de la dispersión geográfica de las aldeas autosuficientes, se injertó el centralismo totalitario de la acumulación primitiva del capital bajo la presión del imperialismo.

Este producto monstruoso, que aunaba las «leyes sanguinarias» que han acompañado en todas partes el nacimiento de la clase de los asalariados modernos a la tradicional arbitrariedad asiática, segregó una especie de «despotismo ilustrado» a la oriental: la bandera de una revolución capitalista a la cosaca, ¿podía ser otra cosa que una mezcla abigarrada?

Su pretendido carácter «nacional», e incluso la abolición de los tratados que daban a los extranjeros privilegios de extraterritorialidad, no eran más que la cobertura inventada por Inglaterra para canalizar contra el enorme vecino ruso el despertar nacional persa y, sobre todo, para ocultar - tanto como con el panarabismo - la reivindicación inglesa que apuntaba a obtener la influencia exclusiva sobre la totalidad de la Persia histórica. La prueba de esto fue suministrada cuando Reza Khan quiso permanecer neutral en 1941. Inglaterra lo depuso: ¿Reza, quién te hizo Shá?

• • •

La producción de petróleo, iniciada en 1909, pasó a 9,9 millones de toneladas en 1939, y a 45,5 millones en 1959. Es evidente que el peso de los ingresos agrícolas del dominio real ha ido reduciéndose considerablemente en el presupuesto del Estado en relación a los ingresos producidos por el petróleo. Estos últimos han permitido financiar una industria que tomó vuelo en los años treinta. Al lado del Estado y de las sociedades extranjeras, que tienen el control sobre la gran industria, se desarrolla, sin embargo, una pequeña y mediana industria local, particularmente en el textil y la alimentación. Sobre todo, el comercio ha hecho saltos gigantescos: en conexión con la corte, en una atmósfera de carrera por las influencias, los sobornos, los arreglos generalizados por ubicarse lo mejor posible bajo la canilla del precioso líquido.

En el campo, 60.000 «feudales» poseían aún en los años cincuenta la casi totalidad de las 50.000 aldeas del país, con una población media de 250 habitantes: 10.000 de estas aldeas están en manos de propietarios que poseen más de cinco aldeas, 10% de éstas son bienes religiosos y 5% tierras de la corona.

La gran masa de las familias campesinas pagan siempre en especie una fuerte aparcería al propietario que tiene el control sobre el agua - el sistema de irrigación es esencial en este país semiárido donde 40% de las tierras están irrigadas - y sobre la redistribución de las tierras, sometidas siempre a la rotación anual entre las familias (salvo en ciertos casos donde aún están cultivadas en unidades indivisibles).

El campo, sin embargo, ha sido arrastrado igualmente en el torbellino general. Los propietarios que viven tradicionalmente en las ciudades se han puesto a cultivar sus tierras por necesidad de dinero, la mitad de ellos directamente, la otra alquilando sus tierras a funcionarios o a comerciantes. Por un lado, ha nacido junto a la economía campesina una economía patrimonial, donde son introducidos los cultivos especulativos y el asalariado. Así, en 1960, 12.300 explotaciones de más de 50 hectáreas cultivaban el 13% de las tierras. Por otro, la economía campesina,

reducida a una porción prácticamente de subsistencia, y sobre la cual el propietario ejerce una presión acrecentada para vender la parte que le corresponde, ha visto especializarse al campesino, y a las parcelas reducirse al punto que 40% de las familias tienen menos de 2 hectáreas, lo que no permite vivir y empuja una parte de los brazos a emplearse en las haciendas, o a emigrar hacia las ciudades.

Pero a pesar de esta evolución económica, el único amo en la aldea es el propietario que no solamente utiliza arbitrariamente la tierra, sino que ejerce la justicia, aunque las viejas relaciones patriarcales se vuelvan insostenibles para el campesino. Sin embargo, si su peso económico sobre las espaldas de los campesinos permanece intacto, el peso de la propiedad terrateniente en la vida del país no ha hecho más que declinar con el desarrollo de las ciudades, de la industria y del comercio, bajo el grifo del petróleo. Su peso político, por el contrario, ha seguido siendo considerable. Esto se explica fácilmente por la fusión de la propiedad terrateniente con el ejército y la alta administración.

Esta situación se perpetúa no solamente por el hecho de que los «feudales» tienen una tradición militar, y que el Estado iraní es ante todo un ejército, sino también porque, si la administración y los funcionarios que han salido de las clases urbanas tienen la ciudad, el campo ha permanecido bajo el dominio exclusivo de los feudales, y esto hasta comienzos de los años sesenta.

Pero un país donde el 31% de la población total vivía en 1956 en las ciudades; un país donde el artesanado y la industria ocupan a 1,2 millones de personas (o sea, 21% de la población activa); un país donde el comercio, los transportes y los servicios emplean cerca de un millón de personas (o sea, 17% de la población activa); un país donde el 60% de los habitantes de la ciudad viven ya de un salario y los 40% restantes de actividades que no tienen nada que ver con la agricultura, todo esto sin hablar de una administración y de un ejército insaciables que no emplean menos de 450.000 personas; un país semejante, con una tal profusión de intereses burgueses y modernos, incluso si son arrastrados, casi a pesar de ellos, por el imperialismo y debilitados por la renta del petróleo, ¿puede soportar mucho tiempo más al ser conducido por la fusta de los propietarios terratenientes?

En los años cincuenta las condiciones económicas y sociales estaban bien maduras para una revolución burguesa dirigida contra el imperialismo y las viejas relaciones feudales, una revolución que podía además apoyarse sobre una verdadera revolución campesina.

Irán no fue perdonado por el maremoto social que sacudió el Asia a partir del epicentro extremo-oriental en respuesta al terremoto provocado por la segunda guerra imperialista. Las clases urbanas aprovecharon, para hacer oír su voz, el debilitamiento del régimen provocado por la transformación del país en un terreno de grandes maniobras militares entre los bloques, la deposición de Reza y la sorda lucha de influencia entre británicos y americanos.

A la agitación que entonces se apoderó de los primeros núcleos obreros, de la pequeña burguesía urbana, y que repercutió en el campo, respondió en eco la experiencia reformista de Mossadeq, que vio a las nuevas clases nacidas del desarrollo urbano tratar de negociar un espacio mayor en el Estado en detrimento de los feudales, y una mejor parte de la renta de la tierra con el imperialismo, mientras que se prometía una reforma agraria y la Constitución de 1906 para calmar a las masas. Esto fue rechazado por los feudales y por el imperialismo americano, heredero de Inglaterra en la región, consciente del papel estratégico de Irán, ubicado en el

corazón de la «tempestuosa zona» de los campos petroleros del Golfo, y bastión avanzado contra la competencia de Rusia en Asia. Por esto, el golpe de Estado de agosto de 1953, que terminó con el reformismo lastimoso de Mossadeq y trajo de nuevo al Shá, marca desde entonces una nueva aceleración de la incorporación del país en la espiral del mercado mundial y de su militarización, cuyo punto de partida está dado por el tratado con los Estados Unidos en 1956.

Ese mismo año es creada la SAVAK, una policía ultracentralizada que controla todo el país en unión con los americanos; pero esto no impide al movimiento social replicar con las grandes huelgas obreras de 1956 y 1959. La crisis económica de 1960-61 despierta a los estudiantes y a la pequeña burguesía, gana el campo donde, según «Le Monde» del 27.1. 73, reinaba desde comienzos del 63 «una atmósfera de revuelta». El movimiento culminó en junio de 1963 en que una gran revuelta espontánea se enfrentó al ejército, dejando 15.000 cadáveres en las calles de Teherán y de sus arrabales.

Sin embargo, la contrarrevolución no podía dejar tal cual la situación social. Si bien se había servido de los «feudales» en los años 1950-53 para quebrar las pretensiones burguesas frente al imperialismo, no había podido restaurar la completa dominación del imperialismo más que acentuando aún el carácter capitalista del Estado, e incluso del ejército: un feudal puede empuñar un sable, pero no manejar un avión. De la misma manera, la conducción de un tanque exige un soldado formado en la escuela de las cárceles industriales, no un aparcerero sujeto a prestación personal y apenas capaz de sostener un fusil.

La constitución de un ejército moderno y la utilización de la renta del petróleo - de la que dependen exclusivamente desde entonces los ingresos de un Estado que había dejado definitivamente de apoyarse sobre la renta agrícola - obligaba a hacer concesiones sociales al desarrollo burgués y a reducir el peso político de la vieja propiedad terrateniente en el Estado. Si en la Alemania de 1850 la contrarrevolución no había podido vencer más que haciéndose la «ejecutora testamentaria de la revolución», esta vez, en el Irán aprisionado en las garras del imperialismo que integra la experiencia de todo el ciclo de la dominación burguesa, la contrarrevolución no podía mantenerse frente al ascenso de la ola social asiática más que precediendo a la revolución: se trataba, como lo ha explicado el mismo gobierno, de «hacer por arriba una revolución que amenazaba hacerse por abajo».

Las primeras reformas (1962-63) limitan la propiedad terrateniente a la posesión de una sola aldea; las tierras «liberadas» se vuelven propiedad de los campesinos mediante una deuda de estos con el Estado amortizable en 15 años; los otros campesinos son transformados en arrendatarios (colonos, granjeros) mientras que la administración toma poco a poco el lugar de los feudales en la aldea. En realidad, fue necesario esperar hasta 1969 para que la vieja propiedad terrateniente se convenciera por sí misma de las ventajas del nuevo sistema: la reforma agraria pudo entonces ser generalizada y la masa de los cultivadores se transformaron en propietarios de su parcela mediante una deuda con el Estado durante 12 años, mientras que la organización en cooperativas desempeñaba teóricamente las funciones de mantenimiento de los sistemas de irrigación y de comercialización de las cosechas.

Una reforma tal tiene como resultado innegable destruir la vieja economía campesina; romper lo esencial de los vínculos económicos que ataban al campesino al «feudal» y a los restos de la vieja comunidad agraria; incorporar para siempre al campesino al mercado y acentuar la proletarianización masiva del campesinado que

vegeta sobre una parcela tan ridículamente pequeña como ayer. Sin embargo, el campesino tremendamente azotado por el mercado aún debe soportar la arrogancia y las vejaciones del antiguo feudal que es el verdadero amo de la cooperativa, y de los representantes del Estado o que ahora garantizan la explotación capitalista, pero siempre en el viejo estilo despótico.

Mientras asegura el paso del campesino a la sociedad moderna manteniendo la máxima opresión, la «revolución blanca» toma al mismo tiempo la vía más larga para pasar a la agricultura capitalista. El viejo dominio señorial está desde entonces teóricamente librado a los ardores del capitalismo, pero la evolución de la productividad es de las más lentas y más débiles. Así, a pesar del lanzamiento de agro-industrias sobre 420.000 hectáreas gracias a la asociación de capitales locales y anglosajones; a pesar de la constitución de sociedades anónimas agrícolas sobre 400.000 hectáreas, donde bajo la dirección del viejo feudal transformado en capitalista asociado a la burocracia del Estado, el campesino se ha vuelto asalariado a sablazos; a pesar de la constitución sobre 190.000 hectáreas de cooperativas de producción, gracias a las cuales la gran propiedad concentra la tierra y los créditos en su beneficio; a pesar de la introducción de tractores, de fertilizantes y de créditos en una agricultura comercial de campesinos medianos y ricos, que con la cuarta parte de los brazos proporciona un 70% del mercado, en los años 70 la agricultura iraní ha dejado de estar en condiciones de asegurar la alimentación de las ciudades. Des de entonces, por lo tanto, es necesario importar masivamente.

¡Pero qué importa! Gracias al sable que intimida y al petróleo que compra, ¡todo es posible! Irán se transforma en un país industrial: en 1973 la agricultura no representa más que el 18% de la renta nacional, superada por la industria y las fábricas cuya parte se eleva a 22,3%, el petróleo que cuenta con un 19,5% sin hablar de los inevitables servicios que viven como sanguijuelas sobre todo el resto y que representan ¡nada menos que el 40,2%! En relación a 1960, la población agrícola activa no ha progresado más que un 9%, lo que representa 400.000 personas, para alcanzar 40,1% de la población activa total; mientras que la población activa de la industria y de las minas, que utilizan desde entonces 2,7 millones de personas, ha aumentado en un 125%.

El sector terciario, gracias a un éxodo rural de cerca de un millón y medio de activos, engloba tantos activos como los sectores precedentes.

Hasta aquí el capitalismo que penetra en la sociedad no aparece más que como un simple subproducto del desarrollo de la riqueza monetaria producida por la mina del petróleo: la generalización de esta última llena e hipertrofia los canales del mercado de la vieja sociedad, los de las formas antediluvianas del capital comercial y usurario; de allí resulta el formidable crecimiento del Bazar.

Paralelamente, el Estado burocrático lanza el modo de producción nuevo, pero utilizando las viejas formas sociales: no invierte en la industria para hacer capital, gasta sus ingresos en gadgets industriales. Se paga acerías y agroindustrias, como Darío los palacios de Persépolis. Además, el Estado iraní puede «jugar su papel internacional» de pilar contrarrevolucionario, de gendarme del Golfo y de bastión occidental contra Rusia, y mantener todas las enormes contradicciones sociales creadas por este desarrollo exponencial sobre una base social aún arcaica, desarrollando desmesuradamente el «ejército más moderno del mundo» y la policía más centralizada y feroz para reprimir lo que no puede ser comprado, en un torbellino de corrupción y de tráfico de influencias que el viejo Marx creyó que había

alcanzado cumbres históricas en la Francia de Napoleón III.

Sin embargo, si los «oídos del rey» de los viejos tiempos llegaban con la suficiente rapidez a descubrir los descontentos sociales para prevenirse, la moderna Savak no puede escuchar todos aquellos que son engendrados por el desarrollo moderno y, con mayor razón, prevenirlos. En efecto, el capitalismo no viene solo. Trae en sus valijas sus terribles leyes de bronce que imponen el máximo rendimiento. Es así que el formidable aumento del precio del petróleo en 1973 no se acompañó solamente de un verdadero salto hacia adelante en la industria: sobre todo, condenó a la sociedad, ya desangrada por la revolución por arriba, a un nuevo salto hacia el pleno capitalismo. El capital es la concentración: a partir de allí, la pequeña industria debe ceder su sitio a la grande, el pequeño comercio al grande, la pequeña agricultura a la grande. ¡Crecer o morir, tal es la ley!

En nombre de la «gran civilización», el sable del cosaco entrega Irán al yugo del mercado mundial. Allí donde las grandes tiendas no bastan para hacer competencia al Bazar, el urbanismo moderno lo destruye. Allí donde la gran importación de trigo americano (¡desde entonces, la cuarta parte del consumo!) no basta para mantener en el mínimo el salario obrero para compensar la baja productividad de la industria, el proyecto de ley de los «polos de desarrollo rural» apunta a enterrar hasta los recuerdos de las explotaciones de menos de 20 hectáreas, e incluso un poco más; en una palabra, a cortar en pedazos a la clase media agraria, apenas «liberada» por la reforma agraria, así como a la propiedad terrateniente incapaz de transformarse en gran capitalista.

¡Allí donde el petróleo no bastará, la Savak hará el resto! Esta es la divisa... Solamente, la crisis internacional que repercutió aquí también... y la sociedad entera está sacudida por una crisis económica y social sin precedentes; pero, ahora, sin amortiguadores.

En las ciudades, el aumento brutal del costo de la vida exacerba la ola de huelgas obreras que, desde 1970, arrastra una a una a todas las empresas y a todos los sectores, impulsando a los proletarios a desafiar la tortura y el asesinato. En esta huella, la crisis impulsa a la revuelta a la plebe urbana víctima de la miseria; a las clases medias en vías de proletarización rápida, y a los estudiantes.

Pero esta crisis es paralela a una crisis agrícola terrible. Lo más grave no hace a la bancarrota de las agroindustrias que el Estado ha debido volver a comprar, sino, sobre todo, al hecho que la agricultura comercial, a causa de la competencia extranjera, no logra vender el trigo en el mercado y hacer frente a sus vencimientos, mientras que los desocupados de las ciudades y la mano de obra aún fluctuante refluyen hacia el campo, proyectando a los campesinos pobres y al proletariado agrícola en una miseria negra. Después de la urbana, la casi totalidad de la población del campo se levanta así contra el Shá y el imperialismo.

La puesta en movimiento de las clases medias de las ciudades y del campo contra el régimen explica el carácter masivo y popular de la revuelta iraní. Los vínculos, aún poderosos, del proletariado con el campesinado y la pequeña burguesía; la ausencia de una revolución burguesa que hubiera proyectado ya a las amplias masas en una lucha política de envergadura, donde se diferencien los intereses de las clases adversas; las terribles consecuencias de la contrarrevolución stalinista que hacen que el joven proletariado iraní no tenga, a pesar de una gran combatividad, un partido que guíe sus pasos, apesure la asimilación de su propia experiencia y lo eduque en su propio programa: todos estos factores expli-

can que la clase obrera esté - políticamente - a la cola del movimiento político de la pequeña burguesía, del «pueblo en general». De ahí la aparente unanimidad de un movimiento cuyas componentes sociales, por unidas que estén en el odio al régimen despótico y su amo, el imperialismo americano, no dejan de tener intereses profundamente diferentes.

Los vínculos económicos aún poderosos que existen entre el clero y la propiedad comercial e inmobiliaria (esencialmente urbana); el atraso formidable del campo, el papel tradicional de las mezquitas como centros de socorro caritativo y, sobre todo, como lugar de vida social y política, en un país donde todo otro medio de expresión y de reunión está cruelmente reprimido; la oposición tradicional del chiismo al régimen del Shá, son los elementos que explican la formidable impronta religiosa sobre el conjunto de este movimiento de revuelta.

Sobre todo, el hecho que el chiismo proporcione la bandera de la lucha contra la apertura a los valores de Occidente, que suministre la cobertura ideológica de la lucha de las clases medias contra la apertura a las mercancías y a los capitales occidentales, al mismo tiempo que asegura una continuidad de protesta contra las exacciones y los crímenes del régimen y una organización para canalizar el movimiento popular, ha transformado a la iglesia chiita en partido, el partido de la protesta política contra el despotismo del capitalismo, con un programa de repliegue nacional y de aspiraciones a «hacer volver hacia atrás la rueda de la historia».

Este «democratismo feudal», ante el cual se han inclinado el Frente Nacional del difunto Mossadeq, el partido Toudeh (promoscovita) y la larga lista de los grupos maopopulistas, es la síntesis más pura de la impotencia política de la pequeña y mediana burguesía, y de su visión histórica reaccionaria.

Cualquiera que sea la institucionalización de un nuevo régimen, un nuevo gobierno será verdaderamente llevado a negociar con el imperialismo un cierto cierre de las fronteras que dé un momento de respiro al campesinado medio y rico, y a la pequeña burguesía urbana. Pero el mayor mal del Bazar viene más de la caída del maná del petróleo que de la ineluctable competencia extranjera (cuyos efectos están agravados por esta caída), y deberá rápidamente entenderse con su verdadero amo, el imperialismo. En lo que hace al campesinado medio y a la propiedad terrateniente, por un lado se puede estar seguro que el capital industrial no podrá garantizar en forma duradera un arcaísmo que implica para él un terrible hándicap; por otro, es seguro que la democracia islámica es, congénitamente tan incapaz como el régimen del Shá de dar a las masas campesinas un «suplemento de revolución agraria» que aseguraría una base mayor al aprovisionamiento de las ciudades y un alivio al campesino, en una palabra, un apoyo al «capitalismo campesino» en detrimento del «capitalismo señorial».

En cuanto al Estado, su despotismo totalitario está desde ya tan íntimamente ligado a su función capitalista que no puede ser eliminado sin que sea destruida esta función, a saber, sin una revolución que, apoyándose por cierto sobre las necesidades de la destrucción radical de los restos preburgueses, le haga caer en manos del proletariado para servir de máquina de guerra en la lucha del proletariado internacional contra el capitalismo. Entre tanto, un cambio de régimen bien puede desempolvar al Estado de sus aspectos más provocadores, como los derechos exorbitantes dados a los extranjeros o el lujo insostenible de algunas familias de la aristocracia «corrupta», pero está claro que ninguna Constitución, ninguna «democracia», no podría ser más que una «hoja de parra del absolutismo» destinada a

ocultar la desnudez del terrorismo del Estado.

Contra el bonapartismo a la enésima potencia, nacido del vacío creado entre un desarrollo económico frenético y la lentitud de la evolución social, seguro del control de las palancas económicas y de un aparato militar y policial gigantesco, así como del apoyo no solo militar, sino igualmente financiero y político del imperialismo (e incluso si debe adornarse de un barniz democrático), las olas de las viejas clases importantes como de las nuevas clases inmaduras se abalanzan periódicamente, pero se rompen también regularmente. Sin embargo, bajo sus alas, la potencia anónima del capital prosigue su marcha inexorable sobre los cadáveres de los campesinos pobres y de los proletarios explotados.

Haciendo un paralelo con otro bonapartismo, anticipemos el próximo terremoto social. La clase obrera iraní, hoy aún débil y sin guía, es, sin embargo, la única clase históricamente capaz de hacer avanzar la sociedad, oponiendo a la fuerza concentrada del Estado patrón y despótico una fuerza aún más centralizada y centralizadora que habrá sabido sacar las lecciones de la tragedia presente y capitalizar los tesoros de lecciones del largo calvario de la clase obrera internacional.

Como la clase obrera francesa de hace más de un siglo, ella sabrá erigir, sobre los escombros de una sociedad lleva da a la incandescencia por sus insolubles contradicciones, su Comuna Roja victoriosa, eslabón de la cadena internacional de la revolución proletaria.

Algunas lecciones sobre Irán

(de *II programa comunista* nº 4 de 1979)

La crisis iraní ha llegado, con una brusca aceleración, a su fin provisional. Después de haber agonizado durante un largo tiempo, el régimen del Shá finalmente ha sido «aplastado».

Este había personificado, durante casi treinta años el papel de la revolución burguesa «desde arriba». Abriendo las puertas de Irán al gran capitalismo, supuso la ruina para todos los estratos sociales ligados a los modos de producción precedentes y, con ellos, había golpeado a los fundamentos de las viejas ideologías y los viejos modos de pensar. Por ello, había acumulado contra sí y desde la propia derecha un potencial subversivo análogo a la oposición clerical contra el los regímenes burgueses en Europa en tiempos de la Gran Revolución y junto al cual se ubicaba una frágil burguesía «laica» ansiosa de participar en los frutos, hasta entonces negados, de la expansión capitalista y de las relaciones con el imperialismo. Al mismo tiempo, aún si bien con un ritmo histórico más lento, un potencial igualmente temible se acumulaba a la «izquierda»: el potencial del joven proletariado que tenía en sus manos los grifos del petróleo y que estaba destinado a crecer cada vez más con la industrialización acelerada y podía reunir en torno a sí a una vasta gama de desheredados, semiproletarios, campesinos sin tierra. Y si bien este potencial revolucionario estaba neutralizado por la ausencia a nivel mundial de un partido comunista capaz de ponerse a la cabeza, el rumor sordo del proletariado iraní, que se traducía periódicamente en poderosos y breves estallidos de cólera, preocupaba a la burguesía nacional y mundial.

Encerrado en la ceguera de su potencia militar, el régimen del Shá no estaba preparado, desde un punto de vista histórico, para afrontar esta amenaza; por ello, al final, fue despedido por la burguesía iraní y abandonado a su suerte por el mismo imperialismo mundial -por «bajo rendimiento». Este tenía, sobre todo, dos balas en la recámara: la porra de la represión y los petrodólares de la corrupción. Pero sólo se puede comprar a una pequeña parte de la población, a un puñado de especuladores y cortesanos. El mismo terror es eficaz sólo si se dirige contra una minoría, entre el consenso tácito o abierto, o al menos la neutralidad, de la mayoría de los estratos relevantes de la población. No se puede aterrorizar o corromper *durante un largo periodo de tiempo* a la gran mayoría del pueblo. Es necesario un instrumento organizador del «consenso» o, al menos, de la *resignación* de las masas plebeyas y proletarias del campo y la ciudad. Es necesario que estas lleguen a aceptar su propia condición de explotadas en vista, si no de la emancipación de una explotación predicada como «eterna», al menos de algo que lo ilumine, de un «ideal supremo» -patria, dios, Allah, democracia, «socialismo en un solo país».

Estas ideologías mentirosas logran, aun temporalmente, capturar el impulso instintivo, la ira de los oprimidos, transformándolos en cadenas más tarde. Así, los millones de proletarios ingleses, franceses, italianos, americanos han dado su sangre para asegurar el triunfo de la democracia, forma suprema del dominio burgués. Así

millones de proletarios alemanes sacrificaron su vida por una *Alemania por encima de todo* o por el Tercer Reich. Así, millones de proletarios rusos, pese a ser veteranos de la experiencia de la revolución, dieron su sudor y su sangre por la «edificación del socialismo» en la Santa Rusia, es decir, para realizar plenamente el capitalismo. Gestapo en un caso, GPU en el otro... fueron los instrumentos auxiliares del consenso.

En el gélido cálculo de intereses hecho por el régimen de Reza Pahlevi, este elemento no entraba en el juego; por lo demás, para abrir las puertas a la «modernización» capitalista del país, debería haber cortado las raíces del único «amortiguador social» del cual disponía un Irán lanzando bruscamente a las turbinas del mercado mundial: la fuerza del islamismo, de sus instituciones, de sus ideologías, de sus mitos y de sus costumbres. Por ello, bajo el trono se acumulaba, día tras día, un inmenso polvorín. Una multitud de desclasados, de arruinados, desechados, por una parte, y otra gran multitud, esta de esclavos asalariados, se agitaba en las vísceras de la sociedad, sin encontrar en el interior del régimen ningún colchón que amortiguase los golpes.

Pero el viejo mundo vino en ayuda del nuevo: la religión tradicional recogió temporalmente la guía de una carga potencialmente subversiva. Como ya sucedió en otros países en el curso de los años recientes, la religión, en su condición de representante ideológico del mundo pre burgués, se lanza a luchar contra los horrores y «pecados» del capitalismo. Ya Marx y Engels, en el *Manifiesto* de 1848, hablaron con desprecio del «socialismo feudal», es decir, del anti capitalismo reaccionario de los curas y los desclasados, inspiradores en sus días de la «escuela social cristiana» de los diferentes Lamennais (1) y, después, de los modernos partidos demócrata-cristianos, cuya alma «popular» e incluso «anticapitalista» hace los deleites del PCI. En un área diferente y en otra época, por lo tanto bajo formas diversas, este mismo «socialismo feudal» inspira la «escuela social islámica» de los diferentes ayatolás, es decir los «socialismos islámicos» de los Boumedian, Ghadaffi, Bazargan (2) y compañía. Pero el mismo *Manifiesto* advertía que «pese a todas las retóricas ampulosas, a recolectar también los huevos de oro y a trocar la nobleza, el amor y el honor caballerescos por el vil tráfico en lana, remolacha y aguardiente» (hoy petróleo y jñada de aguardiente para quien lo extrae!). Precisamente porque son impotentes para realizar su programa originario, los partidos demo-fanáticos se ponen al servicio del único modo de producción que hoy asegura el privilegio y el dominio de una clase, el capitalismo, el cual por otra parte, valora en su justa medida la contribución que su «alma popular» -esa que Berlinguer (3) aprecia en los democristianos de Zaccagnini (4) y Lotta Continua (5) exalta en los demo-musulmanes de Jomeini- puede dar su conservación.

Así, en la vieja Europa los viejos partidos burgueses demo-liberales, portadores de la más genuina ideología burguesa, han sido suplantados por los partidos democristianos, pre-modernos en su armazón ideológico, pero modernísimos en su práctica política, en tanto que muy capaces organizadores del consenso popular en torno al orden establecido. Habiendo renunciado desde hace tiempo al progresismo, al ateísmo, al laicismo de su juventud revolucionaria, para defender la piel de la burguesía no desdeña la ayuda de los curas y de los mulás, acepta dejarse vilipendiar y declarar como «pecaminosa» para que estos sinvergüenzas, que desprecia en su corazón, controlen a las masas y les enseñen laboriosidad y disciplina. El bonapartismo del siglo XX puede ceder el puesto tanto a una Comuna proletaria como -si esta no llega- a una coalición de políticos burgueses moderados y reformistas, de clerica-

les y mariscales, decidida y preparada tanto para controlar a los esclavos asalariados como para reprimir, como Bonapartes de opereta y, si es posible, *mejor*, las grandiosas revueltas: en suma, a prevenir o a sofocar las Comunas proletarias del futuro.

Cegado por el humo de los petrodólares, por la montaña de inútiles juguetes bélicos comprados a izquierda y a derecha, por la adulación de los estadistas de occidente y de oriente, el régimen imperial creía que podía derrochar impunemente, en el mismo momento en el que en Europa y en América todas las maravillas de la ciencia racionalista y galileana se movilizan para transmitir vía satélite la bendición dominical del santón de Roma, dedicado a recordar a los «miserables» que su reino no es de este mundo. Y es por ello que ha volado en pedazos bajo las rudas sacudidas de masas desesperadas por la miseria en la cual las ha arrojado el proceso de acumulación capitalista. Los poderosos carros de combate Chieftain, los fabulosos Tomcats, los portentosos hovercrafts, los helicópteros Bell, que habían convertido a las fuerzas armadas persas en la maravilla de los especialistas militares, se han mostrado impotentes para controlar a las masas armadas con simples cócteles molotov y escopetas, en la época histórica en la cual se asegura que los progresos de la técnica han vuelto imposibles las insurrecciones abiertas en las calles de los centros urbanos. Han podido *porque los soldados se han negado a usar los hierros. Es un auspicio maravilloso para el día en el que el proletariado luchará no ya por otros, sino para sí mismo: es una lección deslumbrante y, al mismo tiempo, una confirmación grandiosa para los comunistas revolucionarios.*

Hoy, sin embargo, la ira proletaria no encuentra su partido, aún silencioso sobre la escena histórica. Por eso pueden dominarles los organizadores del consenso, los curules humillados por Reza Pahlevi. Por ello estos pueden celebrar su triunfo y, de igual manera que sus colegas de otros países, instalarse en la dirección del aparato político del dominio burgués, no para realizar -excepción hecha de algún detalle tanto más simbólico cuanto *marginal*-- su programa anticapitalista medieval, sino para servir a las modernísimas exigencias del capital. ¿Acaso no fueron los partidos democristianos (llamados «populares» en sus orígenes) europeos, herederos de las fantasías medievales de León XIII, los instrumentos políticos del «milagro económico» de la pasada postguerra? ¿Cómo sorprenderse de que el tecnócrata islámico Bazargan declare que *«hasta ahora el arma de la revolución ha sido la huelga, de ahora en adelante será el trabajo a un ritmo intensificado»* y celebre, con la orden dada a los proletarios de retomar con tranquilidad y desarmados el trabajo en las cárceles del petróleo, la traducción del monitorio sacro de Jomeini (recordado incluso por *Unitá* (6) del 18 de febrero que se planteaba si no era el momento de cambiar la idea acerca de la religión como «opio del pueblo») según el cual *«las huelgas estaban al servicio del movimiento revolucionario. De la misma manera, hacerlos cesar es un servicio a la nación. Quien sostenga que deben continuar, es un traidor... y como tal debe ser golpeado»*?

He aquí el secreto del porqué incluso el más volteriano de los burgueses se vuelve extremista o, si no lo hace, pierde el carro. ¿Cómo podía el pobre «iluminista» Bakhtiar (7) obtener el mismo resultado? ¿Podían llamar a la plebe explotada y dolorida, ansiosa de un respiro, Galileo, D'Holbach o Adam Smith? ¿Podía oponerse el frío lenguaje de la razón al cálido lenguaje de la Fe? En su lugar, en Teherán, está instalada ahora en el poder una fuerza *mejor* preparada para hacer frente a la desesperada revuelta de las masas plebeyas del campo y de la ciudad. Esta fuerza ha logrado digerir el movimiento porque porta una protesta anti burguesa en sus orígenes, aun-

que sea de tipo reaccionario. Hoy, esta puede contar no sólo con el apoyo del aparato estatal y del ejército, sino también con el consenso de las masas incultas y privadas de guía, que era aquello que le faltaba a Reza Pahlevi. Podrá, por lo tanto -si no es minado previamente por sus contradicciones internas- ejercer el terror contra las minorías proletarias más combativas con una eficacia incomparablemente *mayor*.

Se prepara el acto final de la crisis iraní. Definido finalmente el Estado con la fórmula de la «república islámica», asegurada por el Estado mismo un «alma popular», la burguesía podrá desencadenar contra los valerosos proletarios que han bloqueado (y aún continuarán haciéndolo) la industria petrolífera, contra la plebe revoltosa de Teherán, de Tabriz, de Isfahan. Le golpeará no sólo con el fuego de las armas, sino también con las maldiciones celestes, es decir, en términos materialistas, con la movilización de todas las fuerzas internas que empujan hacia la «unidad nacional», por lo tanto a la resignación, a la desilusión y a la rendición. No podemos ser optimistas respecto a la suerte que les toca a los valientes núcleos proletarios iraníes. Pero en esta batalla el «socialismo islámico» se quitará la máscara, como en 1848 se la quitó el democratismo burgués. En un baño de sangre, los *proletarios iraníes sacarán las lecciones de siempre. La lucha proletaria no tiene esperanzas si no se libera de los cepos de la democracia, el patriotismo, el cristianismo, el islamismo, el judaísmo, el «socialismo en un solo país»... Si no va hacia el encuentro con el partido de clase, el partido comunista mundial.*

(1) Lammennais, Félicité Robert. Fue un religioso francés de ideología liberal, expulsado por sus ideas de la Iglesia de Roma y reconocido como un «revolucionario» entre la intelectualidad de la época.

(2) Líderes de Túnez, Libia e Irán respectivamente, en la época de las revueltas anti coloniales de estos países.

(3) Líder del Partido Comunista Italiano desde la muerte de Palmiro Togliatti (1972) hasta 1984.

(4) Líder de la Democracia Cristiana italiana durante los años 1976 a 1980.

(5) Organización izquierdista italiana que publicaba el boletín del mismo nombre y que se caracterizaba por una posición típicamente activista y espontaneísta.

(6) L'Unitá fue el periódico central del PCI desde 1924 hasta la disolución de este en 1991. Posteriormente continuó existiendo como órgano oficioso del partido Demócratas de izquierda.

(7) Científico y último primer ministro de la monarquía del Shá.

Es el maldito árbol del Estado nacional, la economía nacional, el «socialismo nacional», el que debe ser arrancado y destruido por siempre, en Asia como en todas partes.

(de *II programa comunista* nº 4 de 1979)

Es frente a sucesos como aquellos que han tenido lugar en estas semanas, en formas y sentidos todavía diversas, dos áreas inmensas de Asia -el terremoto político en Irán, el terremoto militar en Indochina con las dos fases sucesivas de la ocupación vietnamita de Camboya y de la «expedición punitiva» china en la zona limítrofe con Vietnam- que aparece en todo su alcance trágico la devastación producida en las filas del proletariado internacional por la revolución estaliniana. Es frente a estos sucesos, con este calado trágico que, al mismo tiempo y por la misma razón, se mide el desastre que, en ausencia, a escala mundial, de un proletariado «constituido en clase y por lo tanto en partido» que aparece el gigantesco volcán en erupción de las masas plebeyas desarraigadas, explotadas, golpeadas por la expansión capitalista y valientemente alzadas para sacudirse el yugo.

Son los mismos cronistas burgueses quienes, *retrospectivamente*, narran como no fue por los pinchazos de alfiler que supusieron las proclamas y los rezos de Jomeini, ni por las órdenes y los comunicados de los politicuchos burgueses puestos a remojo bajo el nombre pomposo de «comité revolucionario», sino por los golpes de una cadena de huelgas y motines obreros, de revueltas campesinas, de conflictos en la calle, cuya historia no tiene días sino años o décadas, que cayó, como un castillo de naipes, el aparato de administración y represión, las armas de la policía secreta y las secciones del ejército último modelo, sobre las cuales se apoyaba el régimen ferozmente autoritario del «émulo de Ciro»

Este grandioso potencial subversivo se había acumulado, como se ha tenido ocasión de ilustrar en estas columnas, en los artículos en los que se comentaba el desarrollo de los eventos, a lo largo de treinta años de «revolución burguesa desde arriba», en las turbinas de esa «revolución blanca» que había transformado las estructuras tradicionales en el campo, pero no a favor de los campesinos pobres o sin tierra, sino de los nuevos magnates del capital industrial y agrario; en la orgía de las inversiones de capital en pozos y refinerías de petróleo, en los nuevos «polos de desarrollo» y en las modernísimas «factorías comerciales» surgidas como de la nada sobre la base del mundo pre burgués; en el vórtice de una urbanización frenética y de una proletarianización vertiginosa de elementos urbanos y rurales. Cuando el polvorín explotó, nada pudieron hacer las fuerzas armadas más potentes del así llamado Tercer Mundo; todo voló en pedazos bajo ese impulso devastador.

¿Una novedad en la historia? No, una constante. *«Explotando espontáneamente como resultado de una rebelión general, de protestas de varios tipos, de manifestaciones, de huelgas, de conflictos en la calle, la insurrección puede contar con una parte del ejército, paralizar las fuerzas del adversario y acabar con el viejo poder -escribía Trotsky en la Historia de la revolución rusa- Así sucedió, en cierta medida, en febrero de 1917 en Rusia; se tiene un escenario similar en el desarrollo de la revolución alemana y en la revolución austro-húngara de 1918»*

¿Por qué una revuelta popular en la cual aparecen como fuerzas subversivas dominantes un joven pero combativo proletariado y una masa oscura de plebe irresistiblemente lanzada a batirse hasta la última gota de sangre debido a sus bestiales condiciones de vida, algo que se parece mucho al grandioso 1917 ruso, lanzados a los umbrales de lo que podía parecer un nuevo Octubre, refluye al cauce constitucional de un cambio del *personal de gobierno* en los vértices de una estructura social que finalmente *permanece intacta*? ¿Por qué no se organizan en soviets los obreros y los campesinos para destituir al «gobierno provisional» sino que este gobierno sedicientemente revolucionario desarma a los proletarios, a los sub proletarios y a los campesinos privados incluso de las más embrionarias formas de organización, liquidando los «tribunales populares» surgidos espontáneamente para liquidar a los odiados exponentes del régimen imperial, exigiendo *para sí y sólo para sí* -único «poder legítimo»- el ejercicio de la justicia e imponiendo la consigna del santón islámico según el cual *«las huelgas han estado al servicio del movimiento revolucionario y, de la misma manera, hacerlas cesar ahora es un servicio al movimiento revolucionario: quien sostiene que deben continuar es un traidor y como tal será tratado»* (frase reportada por «L'Unitá», fascinada con los ayatolás)? ¿Por qué la insurrección se repliega ante la consigna liquidadora del «trabajo a ritmo intensificado» por una parte y al llamamiento al referéndum y al anuncio de próximas elecciones por otra? ¿Por qué, en suma, los proletarios y los plebeyos iraníes no conocen, algo que debería derivarse de una lucha de varias décadas en la que la reciente insurrección no ha sido sino el culmen, ni el *doble poder* color rosa pálido de febrero de 1917 ni el poder *único y rojo* de octubre?

• • •

Siguiendo con los dos ejemplos que recordaba (pero cuántos otros se podrían tomar) Trotsky prosigue *En la medida en la cual, en un caso u otro, no había, colocado a la cabeza de los insurrectos, un partido que comprendiese hasta el fondo los intereses y fines de la revolución, la victoria de la propia revolución debía determinar, inevitablemente, la transferencia del poder a los partidos que se opusieron a la insurrección hasta el último momento»*

Han pasado sesenta años desde entonces y *dieciocho horas* después del estallido de la revuelta popular, Jomeini se declaraba «favorable a una solución pacífica» de la crisis y, desmintiendo el haber dado la orden de guerra santa, auspiciaba la llegada del «pueblo» al poder «por la vía electoral» (cfr: Le Monde del 13/11); el mismo día, el «gobierno islámico» invitaba a la población a «no atacar ya las cuarteles y los edificios del gobierno», dado que el «Estado Mayor general, la guardia imperial y los diferentes cuerpos del ejército se han plegado al movimiento popular». *Acabar con el viejo poder es una cosa. Tomar en las manos el poder,*

otra. La burguesía puede hacerse con el poder en el curso de una revolución no porque sea revolucionaria, sino porque es la burguesía: dispone de la propiedad, de la cultura, de la prensa, de una red de posiciones estratégicas, de una jerarquía, de instituciones. Bien diferente es la posición del proletariado: no disfruta, naturalmente, de ningún privilegio, luego sólo puede contar, en la insurrección, con su propio número, con su propia cohesión, sus propios cuadros, su propio Estado mayor.

Los eslabones de esta cadena ceden todos o resisten todos. Es una vieja verdad marxista la de que «*la clase obrera posee un elemento de éxito, el número, pero los números pesan en la balanza sólo cuando están unidos contra el poder unificado de las clases poseedoras, el proletariado puede actuar como clase sólo organizándose en partido político autónomo.*»

La poca cantidad relativa del número puede ser compensada por la solidez de la organización y por la lucidez de la guía política; inversamente, la potencia del número y la fuerza de la organización no son nada -o quizá son un cepo en el pie- si falta el partido de clase. La clase obrera rusa era joven y agresiva; se dio la forma de los soviets, en el periodo que va de abril a octubre de 1917 se los dejó arrancar de la mano por el oportunismo, que los convirtió de armas de combate que eran en instrumentos de conciliación. Pero tenía a los bolcheviques y su «estado mayor»... y venció. La clase obrera alemana existía desde hacía mucho tiempo y estaba fuertemente organizada; el partido revolucionario entró demasiado tarde en escena y fue derrotada. En Rusia el partido revolucionario «enseñó» a los proletarios que, si en febrero el poder había pasado de las manos de una clase que encarnaba un modo de producción superado por la historia a una clase portadora de un modo de producción moderno -el único pasaje que merece el nombre de revolución- la barbarie y la suciedad del *ancien régime* habría sobrevivido al triunfo de la burguesía si *su* revolución y *su* dictadura no hubiese tomado el mando de los campesinos en revuelta: lo hicieron y fue la *Rusia bolchevique*. En ausencia del partido revolucionario, los proletarios alemanes cambiaron la revolución por un simple relevo en la guardia que encabezaba el Estado plenamente burgués: bastaron pocos meses para que sintiesen en sus carnes el hierro de la contrarrevolución democrática administrada por la *democracia «social» con ropajes «obreros»*.

No más joven que el proletariado de Petrogrado y de Moscú en la vigilia de Octubre, numéricamente más fuerte en lo que se refiere al conjunto de la población en general y a la activa en particular, crecido sobre el terreno volcánico de una sociedad en rapidísima metamorfosis, *en teoría* el proletariado iraní no habría debido desviarse de camino, no debería haber caído ni en la seducción revolucionario-burguesa de febrero de 1917 en Rusia ni en la pseudo revolucionaria de noviembre de 1918 en Alemania. Ni en la primera, porque el nuevo modo de producción *ya* había celebrado su triunfo sobre el modo de producción arcaico en la Persia milenaria. Ni en la segunda, porque para hacerse cargo del control de la cima del régimen no había una sólida burguesía gran-imperialista, sino una híbrida combinación de clases antiguas y nuevas ocupadas en arreglar, sobre *las mismas* bases económicas y sociales heredadas de la «revolución capitalista desde arriba» la unidad nacional, la concordia interclasista rota en el choque catastrófico producido con el nuevo modo de producción «llegado del extranjero»; ocupadas en arreglarla con el tónico vigorizante de la tecnología moderna, con el pestilente lubricante de la democracia pluralista, con el opio a la vez ame-

nazante y soporífero de una fe milenaria en Dios.

¿Qué no habría podido una clase obrera joven y fuerte puesta a la cabeza de las masas plebeyas en revuelta, si en cincuenta años de contrarrevolución estalinista no hubiese acaecido la destrucción a escala mundial, cacho a cacho, del partido de la revolución proletaria? ¿Qué cosa no habría podido si los siervos inmundos salidos de la cueva del «socialismo en un solo país» no hubiesen logrado inculcarla que para los proletarios existe *sólo una forma* de organización posible, la de las *instituciones democráticas*; que la vía de su emancipación no pasa por la lucha de clase, sino por la *conciliación entre las clases*; que la revolución proletaria es *la excepción* concedida por la historia a la Rusia de 1917 por gracia única e irrepetible, mientras que la *reforma* es para todos los países del globo y por los siglos de los siglos, la *regla* y que si son los curas quienes la llevan a cabo... ¡pues vivan los curas!?

En nombre de este rosario de blasfemias desgranado al ritmo de los cánticos de los mulás, se le pide a los proletarios dejar su sangre en las plazas, dejar su sudor en las fábricas... como se les pedirá, mañana, dejar sangre y sudor en las trincheras. En los años de hierro y fuego que desde ahora se preparan como alternativa a los años de hierro y fuego por los que ya ha debido pasar, caerá la careta del «socialismo islámico» y se despejarán los mitos celestiales y terrenales, se abrirá para el proletariado iraní como para el proletariado de todo el llamado Tercer Mundo reducido a las revoluciones nacional-democráticas la vía maestra, única y recta, de la revolución proletaria. Nos toca a nosotros, comunistas de los países capitalistas avanzados obrar con el fin de que sobre esta vía descubran el secreto de su «cohesión», de sus «cuadros», de su «Estado mayor»: la fuerza activa y decisiva del partido de clase.

• • •

En la perspectiva marxista, la constitución de los Estados nacionales es, ciertamente, como la ha traído el modo de producción capitalista, un paso adelante en la historia; y el proletariado lucha por realizarlos. *Pero este no es su objetivo final*: nacional «en la forma», la lucha proletaria es *internacional* por su contenido, sus fines, principios y medios.

El estalinismo inventó la teoría del *socialismo en un solo país*; en lenguaje marxista, esto podía significar únicamente «*capitalismo (y democracia, obviamente) en todos los países*» Sobre estos cimientos, Mao edificó el capitalismo chino y su Estado nacional, bautizándolo como socialista; Ho Chi-minh ha hecho otro tanto en Vietnam y Pol Pot en Camboya. Pero no hay capitalismo nacional que no esté en dispuesto e interesado en atacar con la fuerza el capitalismo nacional de los demás, en invadir el territorio, en masacrar a la población, por los superiores intereses de su *propia* máquina dedicada a la producción de mercancías y beneficio o, como se dice en un lenguaje menos prosaico, de la Patria. Del «socialismo en un solo país» no se pueden pasar, precisamente porque es *falso* socialismo y *verdadero* capitalismo, a la *guerra entre Estados «socialistas»*. Vietnam contra Camboya, China contra Vietnam. Por una misma mentira, todos se pelean. Los hermanos mayores imparten «severas lecciones» a los menores: lleva razón quien está dentro de mis fronteras, no la lleva quien está fuera; es portador de progreso quien hace *sus propios* negocios sobre el mercado del mundo, es agente de las

tinieblas quien le replica. Siguiendo esta mentira, la violencia revolucionaria de clase no es «partera de la historia»; lo es, por el contrario, la guerra de Estado contra Estado... y en esta no hay quien no acuse al otro de utilizar armas químicas, de usar napalm, de genocidio: en este caso, armas químicas, napalm y genocidio... «socialistas».

De esta nueva tragedia son víctimas los pueblos del sudeste asiático, salidos de una lucha heroica *pero nacional*: por este sacrificio todos tienen derecho a reclamarse del mismo árbol genealógico. Y este árbol maldito -el árbol del Estado nacional, de la economía nacional, de los intereses nacionales, se llamen a las claras por su nombre o se escondan detrás del velo del «socialismo en un solo país»- debe ser arrancado de raíz para siempre.

Esto sólo puede hacerlo la clase que la sociedad burguesa lleva en su seno como enterradora suya; para hacerlo, no basta la potencia del número, tiene necesidad de la «unidad de la organización y guía de la conciencia», tiene necesidad del partido, como teoría, como programa, como táctica, como milicia organizada. Para destruir esta fuerza gigantesca trabajan febrilmente aquellos que descubren (como «Rinascita» del 16-2-1979) que las vías de la providencia histórica, siendo infinitas, pueden pasar a través del marxismo tanto como a través del Corán o ¿por qué no? del Evangelio, realizarse (así lo creen) contra el capital invertido en las fábricas como contra *El Capital* de Marx, aprovechar la linfa de las religiones no menos que (continúan) del materialismo dialéctico.

Para reconstruirla, a escala de todo el planeta, trabajan las jóvenes generaciones proletarias crecidas en las fábricas, en los campos, en las calles, no en las académicas y *en una única escuela*: la de los ciento treinta años pasados desde que se elevó el grito *Proletarios de todos los países, ¡uníos!* No para construir democracia, Estado nacional, acumulación capitalista, sino para erigir el puente que se lanza sobre el tiempo y el espacio hacia el comunismo y que tiene el nombre de **dictadura del proletariado**.

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 27023 - 28080
Madrid

Italia : Il Comunista - C.P. 10835 - 20110
Milano

Francia: Programme - B.P. 57428 - 69007
Lyon Cedex 07

Suiza : Para contacto, escriba a la
dirección de Lyon.

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org

leproletaire@pcint.org

ilcomunista@pcint.org

proletarian@pcint.org

**El sitio Internet del partido
comunista internacional
www.pcint.org**

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

EDICIONES

«EL PROGRAMA COMUNISTA»

Suplemento en español a la revista
teórica del Partido Comunista
Internacional, «programme communiste»
no ISSN-0033-037 X.

Acabado de imprimir en octubre de 2022

